

## **La familia: entre el deber y la felicidad Acerca del deber y el deseo en la familia\***

Blanca Sánchez

Para introducir el tema del deseo y el deber en la familia, voy a tomar la obra de teatro de Arthur Miller, *La muerte de un viajante. Ciertas conversaciones privadas en dos actos y un réquiem*.<sup>1</sup> Es del año 1949. Borges nos dice que “en este drama se entremezclan, a la manera de Faulkner, el presente y el pasado”.<sup>2</sup> Nos dice además que Arthur Miller, a diferencia de otros dramaturgos sociales que todo lo atribuyen al medio, cree en el libre albedrío.

La protagonista de la obra es la familia Loman, compuesta por Willy Loman, el padre que es viajante, su esposa Linda, y sus hijos Biff y Happy –cuyo nombre, paradójicamente, en inglés quiere decir *feliz*–; y los vecinos Charley y su hijo Bernard, que se presentan casi como el polo opuesto de Willy y Biff.

### **Cuando las apariencias, engañan**

Willy Loman es un hombre que ya está viejo, cansado, acabado, al que ronda la idea de suicidarse, y que ha pedido su empleo después de 30 largos años de trabajo. Sus dos hijos, frente al estado de su padre, ceden una vez más al pedido de su madre de que hagan algo por salvar al padre: Happy, el mujeriego, promete casarse; Biff, andariego, promete establecerse en Nueva York –ciudad donde transcurre la acción– vendiendo algo que no es, y que no tiene.

Willy es un viajante; tal como lo define su vecino y amigo “para un viajante no hay tierra firme en la vida”. Tanto es así, podríamos decir, que al final Willy se percata que “no tiene nada plantado en la tierra”. Nos dice su vecino que “no pone una tuerca a un tornillo, no nos dice cuál es la ley, no nos administran medicinas. Es un hombre en el aire, cabalgando en una sonrisa y en el brillo de sus zapatos. Y cuando no le devuelven la sonrisa, se produce un terremoto. Y cuando aparecen un par de manchas en el sombrero, está acabado. Nadie puede acusar a este hombre. Un viajante tiene que soñar. Es muy natural...”. Es un hombre que nunca es tan feliz como cuando está a la espera de algo. Toda la vida de Willy se sostiene de la creencia de ser un hombre respetado y admirado, y de que sus hijos lo sean también. Alentaba en ellos la idea de que nada más que por ser Loman, eran grandes hombres que no tenían que obedecer a nadie. Y aún cuando Willy se confrontaba con algún punto de quiebre –descubría que se burlaban de él, o que los clientes no lo recibían, o que no tenía muy buenas ventas– Linda, su esposa, se encargaba de negarlo. Cuando Willy podría haber elegido otra cosa, ella influyó para que siguiera en su puesto aferrado a la ilusión de que como viajante iba a poder ser alguien, ya sea como llegar a ser socio de la firma, o como aquél viajante cuyo ejemplo determinó su elección, un hombre admirado y respetado hasta el fin de sus días.

---

\* Trabajo publicado en Revista Enlaces N° 8, Año 5, Grama, Bs. As., 2003

Es una familia, podríamos decir, que lejos de hacer un buen uso de los semblantes, queda acorralada en las apariencias. Mientras que la apariencia es el “ocultamiento de la realidad”, que se emparenta con la idea de que desde lo superficial se puede llegar a la esencia de algo, el semblante, apunta a velar la nada, no hay nada detrás y se corresponde con la idea de la verdad como estructura de ficción. Hay, en este punto, un doble problema: no solamente la idea de que la apariencia oculta algo que hay detrás, sino que además en el caso de los Loman, hay una creencia y una fe ciega en esa apariencia. Siguiendo el planteo de Liliana,<sup>3</sup> podríamos decir, incluso, que su apego a las apariencias está al servicio de no hacerse responsables de sus actos, de sus deseos y sobre todo sucumbir *al fatal destino que encarna la familia*.

Uno podría decir, incluso, que es lo que ha sucedido en algunas de las producciones norteamericanas posteriores a los años 50-60: han creado ficciones con la imagen de la familia feliz, el buen modelo del *American way of life*, ficciones que ocultaban en verdad “el mal adentro” que denunció toda la literatura anterior, que es a la que nos abocamos.

Willy siente que todo lo suyo es transitorio por no haber podido contar con su padre desde niño, un padre al que le gustaba recorrer las carreteras sin rumbo fijo, y espera de su hermano mayor la palabra que le confirme que está enseñándoles a sus hijos “lo conveniente”. En definitiva, estar aferrado a su novela familiar es lo que le permite creer que si no lo sabe, es porque no ha tenido padre y no porque nadie puede saberlo.

Su hijo mayor, Biff, se plantea que no sabe en qué consiste el porvenir, no sabe qué es lo que quieren que sea, y se debate entre lo que denomina “una vida muy ruin” como empleado en un negocio o una oficina, siendo éste, sin embargo, “el modo en que se edifica un porvenir”, y trabajar en una granja. Sin embargo, allí cuando nota que esto es lo que más le gusta, también se percata de que a sus treinta y cuatro años debería estar creándose un futuro, razón por la cual siempre regresa a casa. Y en ese debate, cuando decide una vez más seguir la mentira de su padre y conseguir un empleo creyéndose un gran hombre, finalmente se convence de que es en un rancho donde haría el trabajo que le gusta y sería alguien. Biff comprendió de repente “la ridícula mentira que había sido toda su vida”: Willy, un vendedor de ilusiones que quiere vender algo que no es; Biff, que por no poder comprar ni vender esa ilusión, no puede más que robarla.

En el momento en el que Biff trata de decirle a su padre lo que quiere verdaderamente, el padre “construye” que punto de inflexión de los fracasos de Biff se sitúa el día en que descubre a Willy con otra mujer, y en ese momento Willy, en lugar de hacerse cargo de su deseo, de mostrarse por una vez como un padre con una falta, un padre deseante, niega todo ante su hijo. Biff trata de decirle que acepta “ser lo que es”, un hombre de “un dólar la hora”, y dice así: “¿Por qué estoy empeñado en ser lo que no quiero ser? ¿Qué hago en una oficina, convertido en un necio despreciable y mendicante, cuando todo lo que quiero es aire libre...? (...) Papá, no soy nadie, absolutamente nada, no hay ya en esto el menor rencor. Soy lo que soy, nada más”. Sin embargo, el padre se empeña en creer que lo que mueve a su hijo es el rencor y no el deseo, y bajo la forma de creer que su hijo le echa la culpa, se siente culpable. Y se suicida, creyendo que es por el dinero del seguro, o para hacerse reconocer por su hijo, para que lo admire, con la ilusión de que su entierro será

sumamente concurrido de gente que lo admira. Acto que podríamos leer como la forma que Willy encuentra de pagar sus culpas con dinero.

El otro hijo, el feliz, Happy, hace como si fuera el ayudante de jefe de compras de una tienda, cuando en verdad es el ayudante del ayudante, y oscila, entre seguir a su hermano o dedicarse a seguir escalando; o bien irse con él pero no sin antes haber logrado los éxitos que las apariencias exigen. Paradójico, entonces, que sea el feliz el que finalmente decide consagrarse a mostrar que su padre no murió en vano. Cree que el sueño de su padre, es el único sueño que se puede tener: “quedar primero, imponerse a los demás”. Happy, no tendrá quizás un final feliz, desde el momento en que se propone triunfar en nombre de su padre.

Uno podría pensar en que el mal uso del semblante que hacen los Loman es el de estar al servicio del ideal, del “deber ser”, del deber al que empuja el ideal, aún si se trata del ideal americano del éxito y el consumo, ya sea en la disyuntiva de Biff, entre aceptar un semblante de “vaquero y hombre simple” al servicio de “las cosas que más le gustan en la vida”, o bien “robar” el semblante de oficinista por el deber de fijarse un porvenir; o el de triunfar en nombre de su padre como en el caso de Happy, o el de Willy, con su afán de ser un gran hombre. Nada más contrario al poder creador de las ficciones que el peso aplastante del ideal y el deber que alimentan la repetición.

Se podría hacer cierto paralelismo entre el film *El empleo del tiempo*<sup>4</sup> y la *Muerte de un viajante*. El film nos recuerda mucho a esta obra de teatro, no solamente por la coincidencia en el modo en que nuestros sujetos emplean el tiempo, sino quizás en relación a la posición un poco cobarde respecto del deseo. Es interesante, de todos modos, ver que en el caso de la película, la ficción estaba dedicada al padre, a la relación del sujeto con su propio padre, mientras que en el caso de Willy Loman está dedicada a forjarse una imagen engrandecida frente a sus hijos, pero cuyo revés está también consagrado al padre, a ser el padre que el sujeto no ha tenido.

## **Cuando el deber es mantener la familia**

*Todos eran mis hijos*<sup>5</sup> es otra obra de Arthur Miller, del año 1947. La obra trata del drama de una familia, cuya cabeza –un fabricante de repuestos que ha forjado cierta fortuna, Joe Keller–, ha vendido una partida defectuosa por la que han caído 21 aviones, haciendo recaer sobre su socio la responsabilidad del hecho; de esto nos enteramos en el transcurso de la obra, aunque está implícito, sugerido desde el inicio. Uno de sus hijos, Larry, ha desaparecido en la guerra, el otro hijo, Chris, que también estuvo en la guerra, está enamorado y decidido a casarse con la que era la novia de su hermano, Ann. La madre –que figura de ese modo en los diálogos de la obra– defiende la idea de que su hijo aún vive, y lo espera. Todo se desencadena con la venida a la casa de los Keller de Ann, y después de su hermano George, hijos del socio encontrado culpable.

Para que Chris pueda casarse con Ann, es necesario aceptar que el hermano ha muerto. Sin embargo, la madre se niega a hacerlo, pues sabe muy bien que aceptar que su hijo ha muerto, implicaría reconocer que su marido ha sido el culpable de su muerte, y de las de los

otros pilotos. Finalmente nos enteramos que Larry, sabiendo lo que hiciera su padre, se estrella con su avión en su último vuelo. Joe se suicida, invadido por la culpa.

En el momento en que todo se destapa, el padre alega que lo hizo por su hijo Chris, y que también lo hizo por su mujer que quería dinero, pues él, a quien pusieron a trabajar a los 10 años y lo obligaron a pagar su manutención, “hubiera vivido con un par de dólares por semana, pero tenía una familia...”. Su excusa es que no hay nada más importante que la familia. Joe, al echar la culpa al otro, no puede asumir la parte que le toca.

Tenemos, entonces, las cuestiones relativas al tema de la guerra –recordemos que la obra es del año 47, es decir cuando finalizó la Segunda Guerra–, cuestión en la que no voy a detenerme salvo para indicar el modo en que ha afectado la vida cotidiana, la familia, la manera de ver y de ordenar el mundo. La obra, en cierto modo, denuncia y critica a aquellos que se han enriquecido con la guerra –quizás podría ser tomada como una crítica a los Estados Unidos mismos–, y además ubica lo que debe haber sido el drama de los sobrevivientes, y por qué no, como diría J.-A. Miller, el goce del sobreviviente.

A lo largo de la obra, encontramos en diferentes situaciones, otra vez, cierta disyuntiva entre el deber de formar y mantener una familia –con el equívoco que este término nos puede evocar– y la elección de seguir el rumbo que marca el propio deseo.

Tenemos el caso del Dr. Jim Bayliss, el vecino de los Keller. Miller nos dice de entrada que es un hombre dueño de sí pero *con un dejo de tristeza que se advierte en su suave humorismo*. De boca de su esposa Sue, nos enteramos que Jim no es feliz junto a Chris, pues el joven idealista “tiene el don de hacer que las gentes quieran ser mejores de lo que son”. Le hace sentir a su marido médico que es un conformista y que “está cometiendo una falta por no abandonarlo todo por la investigación”. El Dr. Jim Bayliss no es feliz con Chris al lado, pues le recuerda que su deseo está puesto en la investigación, que podría dedicarse a descubrir cosas aunque por ello deba abandonar su buena clientela por un pobre sueldo, pero también abandonar la cárcel en la que vive. Para consolar a la madre en el momento en que Chris se va de la casa en un arranque, el doctor le cuenta sobre la ocasión en que se fue a Nueva Orleans a estudiar cierta enfermedad. Para él era algo hermoso, aún si vivía a leche y bananas, pero su mujer fue a buscarlo y volvió a casa; ahora –dice– “vivo en la oscuridad habitual, no puedo encontrarme a mí mismo y hasta me es difícil recordar la clase de hombre que quise ser. Soy un buen marido. Chris es un buen hijo, volverá”.

Tenemos también el caso de George, que se metió en la guerra y no se casó con Lydia, porque “se reía demasiado”. Lydia se casó con Frank, ha tenido hijos. George estudió y se recibió de abogado. Pero la madre le demuestra que Frank es un bobalicón que apenas lee historietas, que hace cartas astrales, pero que tiene hijos y la casa paga. Mientras que Larry, Chris y George, de grandes ideales y principios, han terminado: uno caído, el otro que apenas puede tenerse en pie, y el otro hecho un viejo, por haberse ido a buscar medallas.

¿Podríamos decir que ser un buen padre, un buen marido, un buen hijo, una buena madre, una buena esposa es cumplir esa función, pero haciéndose responsable de su propio deseo?

Más allá de la cuestión central de la obra, el tema de la responsabilidad, el libre albedrío, la guerra y sus consecuencias, podríamos pensar que en cierto modo es una metáfora que ilustra que, si para un padre lo único importante es llevar dinero a la casa, solamente dedicarse a mantener la familia –y no digo que no lo sea, sino que sea lo único–, que lo

haga por el deber que lo lleva a renunciar a hacerse cargo su deseo y no por el deseo de hacerlo y el goce que ello podría depararle –como diría Eric Laurent–, es seguro que llevará a la muerte a sus hijos, en términos del aplastamiento del deseo.

## El deber según Kant

El uso del semblante al servicio del ideal aparece inseparable del deber: del “deber ser”, o del “deber hacer” de acuerdo a las prerrogativas familiares; es decir que el deber aparece asociado al peso de los ideales familiares que circulan implícitamente pero a los que el sujeto está esclavizado, si tomamos en cuenta la etimología latina de familia, *famulus*, que quiere decir esclavo. Es algo bastante presente en la clínica, en el arte y en la vida misma: la disyuntiva entre el deber hacia la familia y el propio deseo. Me preguntaba si es una disyuntiva tan generalizada, y de ser así, me preguntaba también por el por qué.

A partir de allí, comencé a abordar el tema con la literatura norteamericana, pero también con la filosofía; hay que decir que si hay alguien que es toda una autoridad en el tema del deber, es Kant, y es quien podría enseñarnos algo al respecto.

Además, mi interés en tomar a Kant tiene que ver con la cuestión del superyó, ya que para Freud, el superyó es kantiano y, de alguna manera, sabemos que el tema del deber como imperativo que aplasta el deseo es posible de ser pensado en relación al superyó. La apuesta es intentar pensar cómo la familia puede quedar del lado del superyó para algún sujeto, o en todo caso, proponer lo que para ese sujeto funcionará como los significantes que comandarán su vida. En otra oportunidad, Pablo Russo ubicaba que la familia se va a ir definiendo como un entramado de significantes –de identificaciones–, de bienes –valores, emblemas, ideales– y de goces –modalidades de satisfacción pulsional. Esto abre dos perspectivas, que se pueden distinguir: una vertiente significativa, la familia simbólica, es decir, aquello con lo que un sujeto construye lo familiar, los significantes privilegiados, fundamentales para cada sujeto, elaboración que denominamos producción de los  $S_1$ , de los significantes amo. Pero si bien es con los significantes que el inconsciente hace familia está también siempre presente la vertiente libidinal. A partir de estas dos versiones, podemos también situar con qué de la familia el sujeto construirá la máxima que ordenará su vida y a la que se ve compelido a obedecer: la frase fantasmática.

Para abocarme, entonces, a tan duro recorrido del deber y la felicidad, he decidido seguir a quienes nos allanan el camino. En este caso, voy a seguir a Paula Satne en su artículo “Tres concepciones de la felicidad: Aristóteles, Spinoza y Kant”,<sup>6</sup> publicado en dos partes en las revistas *Enlaces* 4 y 5. Debo decir que fue a partir de la lectura de ese artículo cuando surgió esta inquietud de plantear respecto de la familia, la relación entre el deber y la felicidad.

Tal vez sea un problema plantear la cuestión en términos de deber y felicidad, pues el tema de la felicidad es bastante complicado en el psicoanálisis. A nivel de la pulsión el sujeto siempre es feliz, y además sabemos con Freud que lo que el hombre haga al servicio de la supervivencia, la protección y la calidad de vida no siempre le asegura la felicidad. Sin embargo, como se trata de un planteo que se desprende del artículo antes mencionado, es que surgió la idea de pensarlo entre deber y felicidad, o tal vez entre deber y deseo.

Quedará para otra ocasión el tomar la cuestión desde la idea de felicidad de Spinoza, pues hay un contrapunto que tal vez se puede hacer entre Kant y Spinoza.

Digamos que, parafraseando a Lacan, voy a leer a “Kant con Satne”; la orientación que encontré en este artículo me ha servido para abordar un texto de Kant, *La metafísica de las costumbres*,<sup>7</sup> en donde sitúa algunas cuestiones referidas a los deberes en la sociedad doméstica. Es un texto, además, consagrado al tema del deber.

Voy a ordenar la cuestión en varios puntos que aclaran la lectura; después de todo, si Lacan pudo leer a Kant con Sade, más allá de ser por la verdad que Sade nos daba de Kant, es que ambos están afectados por la monotonía del significante; en Kant, una vez que se descubre la clave de su lógica, la lectura se vuelve tan aburrida como la de los textos de Sade.

1-Una ética centrada en el deber.

Paula Satne ubica el divorcio que podemos encontrar en Kant entre la ética, centrada en el deber, y la felicidad, lo que no fue sin consecuencias en el mundo. El fenómeno moral, fundamentalmente racional, ya no será la felicidad como lo había sido en la Antigüedad y en el Medioevo sino que se va a centrar en el deber.

2- La necesidad de lo universal y la anulación de lo particular.

Pero además de centrar su ética en el deber hay otro rasgo a remarcar en Kant: es lo que desde el psicoanálisis llamamos la lógica del “para todos”; “todos” es el paradigma del pensamiento kantiano en su afán por introducir de manera tajante el universal.

En *La metafísica de las costumbres*, ubica como principio supremo de la doctrina de las virtudes lo siguiente: “obra según una máxima que pueda valer como ley universal. Cualquier máxima que no sea apta para ser ley universal será contraria a la moral”. Una máxima es un principio que el sujeto toma como regla para obrar. O sea, se trata de actuar siempre de modo tal que lo que se haga pueda valer para el universal, que pueda valer para todos los demás. Mónica Torres, en su seminario sobre “Las paradojas del superyó”, ubicaba al respecto que la ética de Kant viene a destruir en lo que es la cultura, en lo que es el mundo, toda particularidad.

3- El dualismo del hombre.

Kant hace del hombre una dualidad, tal como es situado por Paula Satne: por un lado, en tanto posee la racionalidad práctica, es libre, su libertad es la libertad del ser racional, no es la libertad del ser pasional, es libre porque puede prescindir de sus pasiones. Pero también el hombre es un individuo concreto, sujeto a las condiciones empíricas contingentes, a sus inclinaciones naturales.

Hay en Kant una aspiración a dejar de lado lo empírico, lo que está ligado a las pasiones, las inclinaciones, los instintos –o lo natural– lo sensible y considerar lo racional. De este modo, vemos que es otra manera de eliminar lo particular.

Kant va a afirmar que para cualquier voluntad racional, que es la del hombre, el querer siempre tiene que estar de acuerdo con el deber, independientemente de las contingencias empíricas para un sujeto, de sus deseos, de sus pasiones. Este carácter universal de la ley está fundamentado en principios puros y no en la experiencia.

4- El deber y la felicidad.

Encontramos que para Kant el deber es la acción a la que alguien está obligado; la obligación es la necesidad de una acción libre bajo un imperativo categórico. El deber –nos

indica Paula Satne— exige una obligatoriedad incondicionada que está prescripta por la máxima de la acción, a través de un imperativo categórico apodíctico. El imperativo es categórico, porque expresa un mandato incondicionado y es apodíctico porque es un juicio necesario.

La felicidad, para Kant, tiene que ver con lo fenoménico, lo contingente, lo condicionado. Se plantea así un divorcio tajante entre la felicidad y la ética. Si la ética es una ética centrada en el deber, deber separado de todo lo empírico, podemos deducir entonces una disyunción entre la felicidad y el deber. Quizás podamos concluir que cuanto mayor sea el peso del deber, más quedará excluida la felicidad.

Respecto a la pregunta sobre la felicidad en Kant, Paula Satne nos recuerda que en un pasaje de la *Crítica de la razón práctica*,<sup>8</sup> Kant dice: *lo que el hombre entiende por felicidad y lo que es efectivamente, su fin natural último, no será alcanzado nunca pues su naturaleza no es tal que tratándose de posiciones y de placeres se detenga en un punto saciada.*<sup>9</sup> Es decir que Kant ya plantea que no habría felicidad posible porque no es posible encontrar la saciedad por la vía de las pasiones empíricas. Podríamos decir que se trata de la insatisfacción del deseo.

Entonces, por la vía del instinto, el hombre, quiere la felicidad, pero por la vía del deber, lo que quiere es la libertad. En ese sentido el hombre vive en una dualidad, y no hay en eso una síntesis para Kant. El concepto de felicidad es tan indeterminado, según Kant, que aún siendo lo que todo hombre quiere alcanzar, nunca puede decir qué es lo que propiamente quiere y desea. Por ello, determinar con seguridad y universalidad qué acción fomenta la felicidad de un ser racional, es totalmente insoluble. En *La crítica de la razón práctica*, Kant plantea el concepto de “ser digno de ser feliz”. Quiere decir que si bien la acción moral no conduce a la felicidad, aquél que actúa moralmente puede llegar a ser digno de ser feliz. Esta es la felicidad del hombre racional que consiste en la realización de todos los deseos morales, de los deseos morales de un ser inteligente. Sin embargo, nada garantiza que por el hecho de actuar moralmente vamos a ser felices, seremos dignos de ser felices.

6- La metafísica de las costumbres.

Al elaborar *La metafísica de las costumbres*,<sup>10</sup> Kant aspira a encontrar para las costumbres un sistema de conocimientos *a priori*, por puros conceptos. La filosofía práctica debe tener una metafísica de las costumbres, del mismo modo que cada hombre tiene la suya propia, aunque de un modo oscuro. ¿Será el axioma fantasmático esa metafísica de las costumbres que todo hombre posee pero que desconoce por su “modo oscuro”?

Kant plantea que la doctrina de las costumbres basada en la búsqueda de principios *a priori* no es una doctrina de la felicidad, porque sólo la experiencia enseña lo que produce alegría, tanto los impulsos naturales (como la alimentación, el sexo, el reposo) como los impulsos al honor, a ampliar los conocimientos. Ellos son los únicos que se pueden dar a conocer a cada uno según su modo peculiar, es decir, según la particularidad de cada uno y no se pueden hacer generalidades a partir de ellos.

Su metafísica de las costumbres es básicamente una doctrina de los deberes, y se divide en dos partes: los principios metafísicos de la doctrina del derecho, que trata del conjunto de leyes para las que es posible una legislación exterior, deberes para los que es posible una coacción o coerción externa; y los principios metafísicos de la doctrina de la virtud, la que

corresponde a la coacción interna, a la autoacción, y que ofrecen un fin moral dado *a priori* con independencia de las inclinaciones, opuesto al fin procedente de los impulsos. Se trata de fines que son deberes, llamados por Kant deberes de virtud y se basan en la autoacción libre (la libertad del hombre de actuar conforme a la razón y no a sus pasiones, lo que constituye su humanidad).

Entre los deberes de virtud, Kant ubica a la felicidad ajena; nos dice que la felicidad propia se busca sin problemas, por lo que ese fin no es un deber, mientras que la búsqueda de la felicidad ajena sí puede imponerse como un deber, aunque quede a cargo del otro determinar lo que es la felicidad.

Es en la doctrina del derecho, en donde plantea algunas cuestiones sobre la familia y lo doméstico. Cuando aborda lo que ubica como el modo de adquirir lo mío y lo tuyo exterior, plantea que según el modo de realizar esa adquisición, tenemos:

- el derecho real: que es el derecho al uso privado de algo que es de posesión común, por ejemplo el suelo.
- el derecho personal: un derecho personal es la posesión del arbitrio del otro, el determinar a un acto a otro, es decir, adquirir la promesa de otro. Es un derecho que es mío, personal frente a otra persona física.
- el derecho personal-real: es el derecho de poseer un objeto exterior como una cosa y usarlo como una persona, no es tratar a las personas como cosas pero sí poseerlas y proceder con ellas como cosas. Allí ubica Kant el derecho de la sociedad doméstica y nos dice que se pueden adquirir tres cosas: el varón adquiere una mujer; la pareja adquiere hijos; la familia adquiere criados.

Es el derecho del hombre de tener una persona exterior como *lo* suyo. Utiliza Kant el artículo *lo* para decir que no es precisamente su posesión. Es todo un problema el de cómo hacer para que las personas no sean tratadas como cosas, pero aún así poseerlas como tales; es condición que tal posesión sea a nivel jurídico, por la ley, pues de lo contrario las personas pierden la humanidad y eso va contra la moral, tal como veremos en el caso de la posesión para la satisfacción sexual –no es casual que allí se desencadene el problema.

- El derecho conyugal: se refiere a la comunidad sexual en la que se realiza un uso recíproco de los órganos y capacidades sexuales de otro. Nos dice Kant que “aún si el fin es el placer, el contrato conyugal, el matrimonio como una comunidad según la ley, es un contrato necesario por ley de la humanidad”, pues en el uso de los órganos sexuales que depara goce, una parte se entrega a la otra y se convierte a sí mismo en cosa en esta entrega. Por eso, según Kant, la entrega y la aceptación de un sexo para goce del otro sólo es lícita y posible con el matrimonio, pues de este modo uno adquiere al otro como cosa, pero el otro adquiere a su vez como cosa al primero, y así reconstruye su personalidad. Por ley, entra en relación sexual por medio de la posesión recíproca. Uno podría aventurar que es la manera en la que Kant resuelve el desencuentro entre los goces y encuentra una manera de hacer existir la relación sexual.

- El derecho de los padres: Kant plantea que de la procreación surge el deber de conservar y cuidar de los hijos (y los hijos tienen el derecho de ser cuidados por los padres) y el deber de los padres de la tutela y la formación de los hijos, de educarlos pragmáticamente (para que se basten por sí mismos) y moralmente. Sin embargo, este deber dura hasta la

emancipación momento en el que los padres renuncian a su derecho paterno de mandar pero los hijos entran en una obligación hacia los padres como deber de virtud, como gratitud.

Kant hace una aclaración interesante: “Decir mi padre sólo designa mi relación física con él (se dice tengo un padre pero no como lo mío)”. Sin embargo, si digo mi mujer, esto significa una relación especial, es decir, jurídica de un poseedor con un objeto (aunque sea un persona) como cosa, aunque tenga que ser tratada como persona en otro respecto”.

- El derecho del dueño de casa: los hijos y los padres constituyen una familia. A la mayoría de edad, los hijos llegan a ser sus propios dueños al alcanzar la facultad de mantenerse. Momento en el que la sociedad doméstica se disuelve. Pero si permanecen en el hogar, se conserva el régimen doméstico pero como servidumbre, en su vinculación con el dueño de casa.

No parecen tan sencillas las cosas, entonces, cuando quedan abolidas las particularidades para poder dar cuenta de los lazos entre personas a través de leyes universales. Es la manera que encuentra Kant de conformar a la familia sostenida sobre la base del deber de unos con los otros.

Más allá de esta digresión sobre la doctrina del derecho kantiano, me preguntaba por qué la familia se presta para encarnar el deber en contra de la particularidad del deseo de cada uno. Tal vez la familia tenga algo de kantiano, en el sentido de empujar hacia el “para todos”, hacia lo homogéneo, sin considerar las particularidades. Por ejemplo, en el caso de *los Loman*, había cierto interés no solamente en engañarse por las apariencias, sino en que todos los Loman sean Loman. Un empuje a la no diferencia, al “todos iguales”. Y como sabemos, el deseo es lo que introduce la diferencia.

Es la frase que Freud había escuchado de sus analizantes, que sostenían que enfermaban “por haber querido ser algo mejor de lo que consentía su origen”, de querer ir en contra del ideal familiar, podríamos decir.

La pregunta que resta es qué es lo que podríamos ubicar del lado de la felicidad en relación, ya sea de conjunción o de disyunción respecto de la familia. ¿Será el rasgo propio de cada uno tanto en lo que hace al deseo como a los modos de goce?

Para terminar, me gustaría volver a Arthur Miller, a una entrevista<sup>11</sup> que le hicieran Claus Lutterbeck y Sven Michaelsen –que circula en Internet– en ocasión de la publicación de su novela *Mr. Peter's Connections*,<sup>12</sup> a sus 84 años. Mr. Peter fue piloto en Pan Am hasta que un “sudoroso y bajito estadístico de la empresa” le echó como a “un saco de mierda”. Tras su despido se dedica a dar conferencias sobre “El impulso suicida en las grandes empresas”.

Alguien anónimo le ha arrebatado su trabajo y sus ingresos sin mostrar nada parecido al respeto y el agradecimiento. Desde ese punto de vista, A. Miller nos dice que Mr. Peter es una prolongación de Willy Loman en *La muerte de un viajante*. Nos dice A. Miller, además, que las circunstancias de su personaje le son conocidas, pues todavía no ha podido escribir una línea sobre ningún personaje sin compartir sus sensaciones y que al escribir sus obras siempre ha insistido en que también en las tragedias debe existir la posibilidad de una victoria.

En la entrevista le preguntan sobre la crisis de 1929 –algo que él mismo había evocado–, en la que tenía 14 años, frente a lo que Miller nos cuenta:

–“Mi padre apenas tenía formación académica. Antes de la Primera Guerra Mundial emigró desde Polonia hasta Estados Unidos. Pasados unos años era propietario de una fábrica de ropa femenina que funcionaba a las mil maravillas. En 1927 hizo un maravilloso descubrimiento: que invertir su capital en acciones le proporcionaba mucho más dinero que invertirlo en la producción de abrigos. Entonces, cuando se produjo el gran crac continuaba teniendo una fábrica que iba a las mil maravillas, pero no podía pagar a sus trabajadores porque todo su dinero se había ido por el desagüe. Las personas no cambian mucho. Siempre es la misma historia: ambición. Y yo también lo entiendo. La perspectiva de hacer dinero sin necesidad de trabajar es muy, pero que muy atractiva.

–¿Se enfadó con su padre al quedarse sin chofer y sin niñera de repente?

–No. El derrumbamiento absoluto de nuestro mundo familiar durante la Gran Depresión me ha enseñado que no hay nada que tenga estabilidad en este mundo. La inseguridad es el único principio válido. Mientras tanto, he llegado a saber que sin la ruina de mi padre nunca hubiera llegado yo a ser dramaturgo. Su destino está presente en cada una de mis obras”.

Me preguntaba, entonces, si este no era un ejemplo más de lo que puede llegar a ser, como lo plantea Liliana Bilbao, *el poder creador de las ficciones*.

## *bibliografía*

Kant, I., *Crítica de la razón práctica* (1788), Espasa-Calpe, Madrid, 1981

Kant, I., *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Madrid, Espasa-Calpe, edición digital basada en la 6ª ed., 1980.

Miller, A., *Muerte de un viajante*, Tusquets, Barcelona, 2000

Miller, A., *Todos eran mis hijos*, Tusquets, Barcelona, 2012

Miller, J.-A., *De la naturaleza de los semblantes*, Paidós, Bs. As.,

Satne, P., “Tres concepciones de la felicidad: Aristóteles, Spinoza y Kant”, *Enlaces 4 y 5*.

Torres, M., “Las paradojas del superyó”, Curso Avanzado del Instituto Clínico de Buenos Aires, año 2002, inédito.

---

## *notas*

<sup>1</sup> *Muerte de un viajante. Algunas conversaciones privadas en dos actos y un réquiem*, Arthur Miller, Broadway, 1949

<sup>2</sup> Borges, J. L., en *Introducción a la literatura norteamericana*, Alianza Editorial, Madrid, 1999

<sup>3</sup> Se refiere a Liliana Bilbao, “La familia: entre el deber y la felicidad Acerca del deber y el deseo en la familia” en Revista Enlaces N° 8, Grama, Bs. As., 2003

<sup>4</sup> *El empleo del tiempo*, Laurent Cantet, Francia, 2001

<sup>5</sup> *Todos eran mis hijos*, Arthur Miller, Nueva York, 1947

<sup>6</sup> Satne, P., “Tres concepciones de la felicidad: Aristóteles, Spinoza y Kant -primera parte-” en *Enlaces 4*, Año 2, y Satne, P., “Tres concepciones de la felicidad: Aristóteles, Spinoza y Kant -segunda parte: Spinoza” en *Enlaces 5*, Año 2.

<sup>7</sup> Kant, I., *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Espasa-Calpe, Madrid, 1980.

# ENLACES

PSICOANÁLISIS Y CULTURA

---

<sup>8</sup> Kant, I., *Crítica de la razón práctica* (1788), Espasa-Calpe, Madrid, 1981

<sup>9</sup> *Ibíd.*

<sup>10</sup> Kant, I., *Fundamentación de la metafísica...*, *op. cit.*

<sup>11</sup> Lutterbeck, C. y Michaelsen, S., “Para los norteamericanos, el teatro ha dejado de ser una variedad artística democrática”, Entrevista al dramaturgo Arthur Miller, *Página 12*, Bs. As., 24 de abril de 2000.

<sup>12</sup> Miller, A., *Mr. Peters' Connections*, 1999